

Canovas

R Largo

Casiana

Tenemos a Tito en su casa de pupilos de la calle del amor de Dios.

Es Leona quien cuenta a nuestro héroe que don Alfonso ha dado un Manifiesto a la Nación, escrito en el Colegio Sandhurst de Inglaterra.

Y tenemos la proclama de Sagunto y a don Alfonso de rey.

Y a Tito en una casa de los Mostenses, donde una joven de nombre Casiana le dice:

- Yo no valgo nada; pero soy buena, aunque me esté mal el decirlo, sé gobernar una casa y hacer la felicidad de un caballero que no pique muy alto en sus pretensiones. En mí tendrá usted una criada para todo.

-Y lo primero que le pido, don Tito de mi alma -continúa- no es que me dé de comer, no es que me vista decentita; lo primero que le pido es que me enseñe a leer y escribir o que me ponga un maestro que me dé lección... porque soy una burra... no entiendo una letra... no sé escribir una palabra...

Cánovas

Efémera, enviada de Mariclío, dice a Tito que debe ir a ver a Cánovas. Éste le dice:

-Deseaba verle, señor Liviano, porque he tenido ocasión de leer páginas sueltas referentes al Cantón de Cartagena, escritas por usted en el propio cráter de aquella revolución empezada sin tino y concluida sin grandeza. Esas notas borrajeadas con el desgaire que imponen la premura del tiempo y la nerviosidad del observador, me encantan a mí lo indecible, porque en ellas veo como el primer aliento de la Historia, libre aún de artificios y llevando en sí el aroma de la veracidad.

Lo que yo deseo de usted, señor Liviano -continuó- es que indague si está Gálvez en Madrid. En caso afirmativo, trate de verle y dígame de mi parte que no se dé a conocer y se le proporcionará buen recaudo para retirarse a Beniaján o Torre Agüera, sin peligro alguno...

Sale el soriano Manuel Ruiz Zorrilla para el exilio.

Los carlistas hacen pasar apuros a don Alfonso XII en las afueras de Estella.

Se deroga la ley del matrimonio civil del 70. Se priva de sus cátedras a Giner de los Ríos y Salmerón.

Cánovas indicó a doña Isabel II, con muchísimo respeto, la residencia de Mallorca para sus esparcimientos veraniegos. El pretendiente Carlos VII tiene la ocurrencia de ofrecerle Lequeitio.

Entra en la legalidad don Ramón Cabrera. Y lo mismo hace Sagasta.

Recibe Tito la visita de Segismundo García Fajardo, sobrino del marqués de Beramendi.

-Mi tío Beramendi -dice Segis- es un rebelde; pero la sociedad en que vive no le permite sustraerse a esta atmósfera de artificios y de mentiras. En cuanto los jesuitas establezcan aquí

esos Colegios elegantes de que ya se habla, los primeros niños que entren en ellos serán los de mi tío Pepe. Así lo quiere María Ignacia y así será.

Termina la guerra Carlista.

España tiene nueva Constitución. Segis recita el famoso artículo 11 volviéndolo del revés: “todo ciudadano será molestado continuamente en el territorio español por sus opiniones religiosas y por el ejercicio de su respectivo culto, conforme al menosprecio debido a la moral universal.” Simultáneamente repetía trozos del Breve que largó el Papa Pío IX condenando el dichoso artículo 11.

A Galdós le carga horriblemente la sociedad que triunfa con la Restauración. Y de paso coge un rebote terrible con los republicanos, a los que culpa de la vuelta de los Borbones.

Pero quizás don Benito no se da cuenta de que él mismo está contribuyendo con su odio al fracaso de la Restauración, que es el fracaso de España.

Por el contrario, muchos españoles, los de abajo, aprendiendo a leer, escribir y multiplicar, y los de arriba, trayendo la radio, el autogiro o un Laboratorio de Investigaciones Biológicas, pelean por una España nueva, bien posicionada en el mundo, una España que triunfe.

Baldomera

Segis trae la noticia de que ha entrado a trabajar en el Banco Popular, creado por Baldomera Larra, la hermana de la “dama de las patillas”.

Nos cuenta Tito que empieza a notar que su vista se nublaba; sentía como arenillas en los ojos, sin que de ello le aliviasen los cuidados de Casiana, que dos o tres veces al día bañaba con agua de rosas sus pupilas enfermas.

Y resulta que Alfonso y Mercedes son novios y se van a casar.

Y resulta que la aventura financiera de doña Baldomera termina en un estrepitoso final.

Según Segis si el pueblo entregó sus ahorros a la genial banquera hízolo por ambición canallesca y por su idea estúpida de la multiplicación del vil metal.

Elena Sanz

Los desposorios de Alfonso y Mercedes tuvieron lugar en la basílica de Atocha. Acudieron doña María Cristina, don Francisco de Asís y los Duques de Montpensier. Doña Isabel II brillaba por su ausencia.

Muere Mercedes.

Tenemos a Tito con Sagasta. Este le dice:

-Usted sostiene que vivimos en un mundo de ficciones; que la representación nacional, base del régimen, será una farsa mientras hagamos los diputados por un sistema de moldes y cubiletes. Algo hay de verdad en todo lo que usted dice, lo reconozco.

En Agosto del 78 se muere Maria Cristina de Borbón Dos Sicilias, y a principios del 79, Espartero.

Nos cuenta Tito los amores del rey y Elena Sanz.

Y la inundación en Murcia.

Y la boda de Alfonso XII con Maria Cristina de Habsburgo.

Lucila

Se encuentran Casiana y Tito con Lucila y el padre Garrido.

Se arrancó el jesuita con estas palabras: “¡Ah, el señor Liviano! Mucho gusto en verle. Ya le conocía y le admiraba como historiógrafo eminente. Yo también soy aficionado a la Historia, y en el nuevo Colegio de Chamartín tendré a mi cargo esa importante asignatura.”

Para terminar, Mariclio escribe a Tito:

-Hijo mío: cuando a fines del 74 te anuncié en una breve carta el suceso de Sagunto, anticipé la idea de que la Restauración inauguraba los tiempos bobos. La sentencia de mi buen amigo Montesquieu, dichoso el pueblo cuya Historia es fastidiosa, resulta profunda sabiduría o necesidad de marca mayor, según el pueblo y ocasión a que se aplique.

-La paz, hijo mío -continúa la carta- es don del cielo cuando significa el reposo de un pueblo que supo robustecer y afianzar su existencia fisiológica y moral, completándola con todos los vínculos y relaciones del vivir colectivo. Pero la paz es un mal si representa la pereza de una raza, y su incapacidad para dar práctica solución a los fundamentales empeños del comer y del pensar.